

Manuscrito

Cuentos de las estaciones

Emilio Carrera Quiroga

Indice

1. Tao y Cúa, las ranas nómadas.	2
2. Vendaval y el valle del río hondo.	7
3. La abeja Tomasa y el invierno en la colmena.	11
4. El bosque sin estaciones.	15
5. Juana y la isla del águila.	19

Tao y Cúa, las ranas nómadas.

Érase una familia de ranas
que tenía como casa el cielo y los árboles
de cualquier rincón de la selva.

Hacían su hogar con ramitas y hojas
a la orilla de algún estanque o charquito
que encontraban, al asomarse la luna
y brillar con sus brazos de plata
en sus espaldas de ranita.

Caminaban todo el día.
Descansaban durante la noche,
prendiendo un fuego con cáscaras de semilla
y conversando alegremente
sobre las cosas hermosas que habían visto en su camino.

Tao y Cúa eran dos ranitas
que habían nacido en esa familia de ranas
cazando mosquitos en canastas de hojas,
recolectando agua dulce para beberla,
a la luz de la fogata,
mientras contaban en su idioma de ranas
lo hermoso del día.

Así se creaba la historia de su familia.
Se iban narrando las aventuras que luego
aparecían en sus sueños de rana
y eran felices y agradecidas,
cantando su memoria de estanques y hojas.

Tao y Cúa disfrutaban cazar mosquitos juntas.

Eran mejores amigas. Pero un día, en un charco,
sobre unas piedras resbalosas,
discutieron por demostrar
quién era la mejor cazadora.
Y desde ese día compitieron
para probar que tenían cada una la razón.
La primer mañana, después de su pelea,
se levantaron molestas y así pasaron todo el día
caminando atentas a todo lo que la otra intentaba.

Si Tao daba saltos largos,
Cúa intentaba darlos más largos
para ganarle en eso.
Si Cúa encontraba agua dulce,
Tao buscaba un agua más dulce
y cuando caía la noche y tocaba descansar,
alrededor del fuego de cáscaras de semilla,
la abuela rana repartiendo los mosquitos,
en su canasta de hojas,
el abuelo rana las gotas de agua en copas
de alitas de libélula,
ni Tao ni Cúa tenían nada que decir.
—¿vieron las hermosas cascadas?—
les preguntaron sus amigas ranas.
Pero no recordaban nada del camino.

Al día siguiente se dijeron cada una a sí misma
—en esta vereda prestaré atención solo a mis pasos
y podré recordar entonces todo lo que vea.
No observaré ni un segundo a ninguna otra rana—.

Y así anduvieron las dos ranitas
prestando atención solo a sí mismas.
Las dos llegaron a un charquito de agua dulce

y pensaron –esta es el agua más dulce de la selva–.

Y se la tomaron solo para ellas mismas.

Tanta atención prestaban a ellas
que la selva entera se transformó en espejos.
Las moras de los arbustos, las piedras
y las cortezas de los árboles eran espejos
en los que veían solo a ellas mismas
como en un estanque de agua quieta.

Las raíces en la tierra reflejaban su rostro.
El resto de las ranitas de su familia
caminando con sus canastas rebosantes
de mosquitos y flores les parecían espejos
donde solo veían sus cuerpos de rana.

Esa noche, en la fogata,
se repartió el agua dulce que habían recolectado
de unos pétalos de flores
y los mosquitos de las canastas de hojas
y les preguntaron a Tao y Cúa
–¿vieron los hongos que se asomaban
de las raíces de las ceibas?–
Pero ellas de nuevo no habían visto nada.

El tercer día, Tao y Cúa se dijeron a sí mismas
–en este camino estaremos atentas
solo a la belleza de nuestro corazón–.
Y así caminaron en belleza todo el día
y vieron tantas cosas que sus ojos asombrados,
por lo hermoso del camino, parecían
diamantes atravesados por el agua.
Cúa se hizo amiga de unas catarinas
que al lado del camino marchaban

y le contaron historias interesantísimas.
Tao encontró un estanque de agua
tan dulce como el néctar de las flores.
Mojó sus patitas y metió en un jarrón de hojas
tanta agua como pudo para compartir con su familia.

Los troncos de las ceibas les parecían
las piernas del cielo. Sus raíces eran
como ríos de arena congelados
o las manos de los árboles rascando la tierra.

Vieron guayabas que les parecieron
las casitas de las luciérnagas
y orquídeas que eran como unas niñas
vestidas para una fiesta y así todo lo que vieron
les pareció hermoso.

Y ya cerca de caer la noche,
cuando el sol se acostaba por una montaña a lo lejos,
Tao miró a Cúa que andaba saltando
contenta de hoja en hoja en un estanque
y como tenía los ojos llenos de belleza
Cúa le pareció hermosa.

Lo mismo le sucedió a Cúa,
cuando vio a su amiga en la orilla del estanque.
La vio tan hermosa, con su canasta de hojas,
que quiso invitarla a jugar con ella
y así se volvieron de nuevo amigas.

Esa noche en el fuego compartieron el agua
y la aventura de las catarinas con toda la familia.
Contentas relataron la belleza del camino
que era la belleza que llevaban colgando,

como un jade, en el centro de su corazón de rana.
Así lo cuenta la familia de ranas que canta todavía
en los estanques de la selva nómada.

Vendaval y el valle del río hondo.

Cuentan las historias del valle del río hondo.
Un caballo quería ordenar en su manada
que todos le hicieran caso,
ordenar a yeguas y potros
pero la manada era como los pájaros.
En grupo iban y venían en acuerdo silencioso.
Rumbo al sur cuando era invierno,
hacia el norte cuando verano.
Ninguno mandaba.
Ninguno obedecía.

El caballo se llamaba Vendaval.
Negro de lomo y de patas blancas,
de buen diente y relinchar alegre,
galopaba sobre las nubes.
Cruzaba el cielo reflejado en el agua;
galopaba sobre las nubes.
Gran rocín era Vendaval, tan apasionado,
que no se conocía a sí mismo
ni sabía en su corazón lo que cantaba.

Pues dicen que un día Vendaval quiso a un amigo
ordenar que comiera peras en lugar de manzanas.
–yo soy de manzana– dijo su amigo el caballo Cano.
–la pera no me gusta y prefiero la manzana dorada,
fresca, de un árbol las voy a arrancar ahora–.
Vendaval quiso insistir
en que habría de comer pera y no manzana
y perdió un amigo en esa palabra.

Su manada iba para el sur pues era invierno.

Llegaba el frío a las espinas de los matorrales.
Se empezaban a helar las piedras.
Su manada iba cazando el rumbo
de las mariposas en el aire
y Vendaval insistía
–iremos al norte porque allá hay más sombra
para descansar y más árbol para comer manzanas–.

De tanto insistir no escuchó el acuerdo
que pactaron yeguas y caballos
en las raíces de un estaño.
Saldrían por la mañana muy temprano,
antes de asomarse el sol,
y como Vendaval no escuchaba
se quedó dormido mientras su manada partía.
–¿dónde están todos?– dijo al despertar
y se descubrió en el valle solo
–no me he de perder– se dijo
y cayeron las primeras gotas de una lluvia
que venía avisando su torrente desde hacía rato.
–No podrán llover las nubes porque yo lo ordeno–
se dijo Vendaval orgulloso
y siguió su camino por el valle, alegre y testarudo.
Pero sí llovió y tan fuerte
que Vendaval parecía una sopa.

Enojado se detuvo debajo de un árbol
y desde ahí vio al sol cayendo por la montaña.
–No se ha de meter el sol– se dijo a sí mismo
pues no conozco el rumbo en la noche.

–no podrá meterse el sol, así yo lo ordeno–
Se dijo de nuevo el caballo satisfecho
pero se pintaron las ramas y las nubes de rojo

y se hizo el aire más fresco.
Ya cascaban los grillos sus primeras canciones.
Perdido y mojado en la noche,
Vendaval siguió trotando.
Buscaba a su manada entristecido
porque nadie le hacía caso
y se acostó a dormir por fin junto a un río.

Al despertar quiso tomar agua
y la encontró casi helada.
—no puedo tomar agua de tan fría que está—
Se dijo y le ordenó que dejara de correr
para que estancada pudiera agarrar los rayos
del sol que ya salía.
Pero el río tampoco le hizo caso.
Vendaval se acercó a ordenarle de nuevo
y vio por primera vez su rostro en el agua.
—ese soy yo— se dijo.
—mojado, perdido y solo
por querer ordenar al mundo lo que no puedo
ordenar yo en mí.
Por querer que la lluvia, el sol, el río
y mi manada me obedezcan por no saber
obedecerme yo a mí—.
Emocionado estaba Vendaval por ver su rostro.
Veía de sus ojos caer unas lágrimas
que eran como diamantes sembrados en sus sueños
y pidió entonces permiso al río
para bañarse y jugar en sus aguas
y se metió contento por reconocerse al fin perdido.
Y sin darse cuenta, el río lo llevó camino abajo
hacia el sur y topó con una manada de caballos
que comía tranquila a la orilla del río

Reconoció a su familia y a su amigo Cano.
Los saludó y les pidió permiso para andar con ellos
con el acuerdo de no guiar a nadie más que a sí mismo,
y aprendió que esa labor era suficiente
y requería todo su empeño para disfrutarse,
alegrarse y compartir su valentía con el resto.

Eso cuentan los del valle del río hondo,
que desde ese día comió manzanas y peras
con su amigo Cano y galopó otra vez sobre las nubes
como las flores que con el viento se mueven,
ligeras, sin perder su raíz ni su belleza.

La abeja Tomasa y el invierno en la colmena.

Llegó el invierno a la colmena.

Las abejas trabajan duramente.

Pero recogían de las flores
una gotita de néctar apenas.

Tiritaban al salir del panal por la mañana.

El aire helado les adormecía las alitas

y de sus vientres de abeja

colgaban cristales de hielo

cuando volvían a descansar a sus casitas de cera.

Tomasa era la abeja más trabajadora.

Recolectaba diez gotitas de néctar cada día.

Reconocía el olor de las flores más dulces

y llevaba a casa el néctar más sabroso del campo.

Rebosando de polen su canasta de abeja

llegaba contenta a su casa de cera

cuando el sol se dormía entre las montañas

pero no mostraba su tesoro a nadie.

Se quedaba en su camita de hojas comiendo sola.

—yo soy quien más trabaja— repetía.

No compartiré mi tesoro con nadie

pues lo coseché con mucho esfuerzo

y dormía saciada con los sueños más dulces y solitarios.

Terminó el invierno; nació la primavera

y con ella crecieron las flores.

La colmena parecía una fiesta.

Las abejas volaban contentas.

Estiraban sus alitas, las calentaban con el sol

cantando y recogiendo su néctar floreado
y Tomasa todavía sin compartir su miel,
en su camita de hojas,
se saciaba del néctar más dulce y solitario.

Se organizaba la fiesta de la primavera.
Las abejas llevarían sus mejores mieles para compartir.
Se arreglarían con polvos y perfumes de flores.
Se comería alegremente entre familias de abejas
que habían sobrevivido con trabajo el invierno.

Tomasa quiso ir a la fiesta
para mostrar que su miel era la más sabrosa.
Se puso contenta.
Salió a buscar un estanque
en dónde bañarse y ponerse los mejores perfumes
que había cosechado en el invierno.

Se perfumó de lavanda y romero.
Se puso una corona de flores de hinojo.

La fiesta era una danza de abejas.
Las familias compartían sus mieles en tarros
hechos de hojitas de romero.
Las hormigas habían sido invitadas
a alegrar la fiesta con sus arpas de semillas
y las abejas desfilaban en la sala principal de la colmena
perfumadas y arregladas para recibir a la primavera.

Tomasa llegó un poco tarde.
No estaba acostumbrada a ir a las fiestas
y se perdió por los caminos de cera de la colmena.

Cuando llegó se hizo un silencio de cristal en la sala.

Las hormigas dejaron de tocar sus arpas de semillas.

Las abejas miraron a Tomasa extrañadas.

–¿y tú cómo te llamas?– preguntó una de ellas sorprendida.

–no te habíamos visto en la colmena– dijo otra.

–¿pasaste el invierno con nosotras?– preguntó una tercera.

–Me llamo Tomasa, ¿no me reconocen?–

dijo la abejita con tristeza.

–Soy la abeja más trabajadora de este panal.

durante el invierno recolecté néctar

de las flores más dulces del campo–.

Se hizo otro silencio en la sala.

Ninguna abeja reconocía a Tomasa.

Habían olvidado su nombre

por no haberlo escuchado durante el invierno.

Una abeja anciana y flaca

sentada en una hoja de cedro alzó la voz bondadosa

–pero ya que viene perfumada

y se ha empolvado con flores de hinojo

por qué no le damos la bienvenida

y que nos comparta un poco de su miel

que se ve sabrosa–.

Tomasa quiso compartir su miel.

Le dio a cada abeja una probada.

–está deliciosa– dijeron todas

y le dieron las gracias.

Esa noche Tomasa se sintió acompañada.

Descubrió que era parte de una familia hermosa.

Y las abejas recordaron su nombre.

Desde ese día Tomasa trabajó para compartir

alegremente su miel con la colmena.
Siguió durmiendo con los sueños más dulces
y encontró en la amistad la cera más fuerte
y el polen más sabroso y duradero
para protegerse en el invierno.

El bosque sin estaciones.

Este cuento empieza en un bosque fértil
como las nubes de verano
donde vivía un cerdito
en una chocita de hojas de encino.

Ese bosque no conocía las estaciones.
Llovía cuando las nubes se acordaban de llover.
El frío llegaba sin avisar y no brotaban
ni flores, ni frutos, ni nacían nuevos árboles.
Aunque era un bosque de tierra fecunda,
no llegaba la primavera y sin ella
los cantos de los animales
poco a poco se apagaban.

El cerdito que vivía en su chocita de hojas,
frente a un estanque de lodo,
soñó una noche con un árbol dorado
que le decía en su idioma de ramas y semillas
—haz de sembrar en esta tierra una de mis hojas
para que crezca un arbolito del que cuelgue
el otoño humedeciendo por primera vez
las nubes de este bosque—.

El cerdito despertó, contento por el sueño.
Se quitó su cobija de hojitas de encino
y se bañó en su estanque de lodo.
—¿en dónde encontraré una de esas hojas doradas?—.
Se preguntaba el cerdito curioso.
Caminó entre los árboles flacos de hojas
que no conocían la primavera
ni tenían flores en sus ramas.

Buscaba manzanas para desayunar
pero no había frutos en ese bosque sin estaciones
y la tierra negra soñaba recibir una semilla
para hacerla crecer con la luz del sol y la lluvia.

El cerdito encontró en su camino
un círculo de hormigas y se le antojó
echarles lengua para desayunar.
Les pidió permiso antes de dar el primer bocado.
Ellas le dijeron –buscamos hojas para comer
pero en el bosque no hay ninguna.
Si tú nos comes y encuentras, con la energía
que te daremos, la hoja dorada que soñaste
entonces cómenos contento
que estamos también nosotras para servir al sueño de este bosque–.

El cerdito pasó la lengua por todo el círculo
hasta comerse la última hormiga
y de pronto cayó del cielo,
como un relámpago,
una vaca que dijo sonriendo
–yo soy la vaca Invierno. ¿tú quién eres?–.
–Yo soy el cerdito Primavera–.
dijo el cerdito, que no sabía qué era su nombre
ni qué significaba.
la vaca Invierno y el cerdito Primavera
se hicieron amigas y buscaron juntas
una hoja dorada
pero la noche cayó y se hicieron juntas
una cama con las últimas hojas de encino.

Esa noche el cerdito soñó de nuevo con el árbol dorado.
El árbol le dijo –mañana es el día en que has de sembrar
la hoja que te voy regalar.

Presta atención a la tierra que es negra y fértil
y que sueña con recibir su primer semilla—.
El cerdito despertó y vio que en su pezuña estaba
atorada, como una basurita, una hoja color del sol.

Despertó agitado a su amiga, la vaca Invierno
—¡mira, nos ha regalado el árbol una de sus hojas!—.
Y fueron a sembrarla al corazón del bosque,
un lago inmenso en que se veían reflejadas
las nubes y el cielo.

Llegaron a la orilla del lago.
Hicieron un hoyito en la tierra.
Sembraron la hoja dorada y la regaron con agua.
Al día siguiente era una pequeña rama
que brotaba entre árboles ancianos y flacos de hojas.

Alrededor de la ramita que crecía
apareció otro círculo de hormigas.
El cerdito les preguntó si podía comérselas
y ellas contestaron
—nosotras somos un círculo de hormigas especial
porque somos las hormigas del verano—
estamos cuidando al árbol que sembraron
ustedes para que pueda llegar el otoño
a las ramas de este bosque flaco.

—nos ha dicho nuestro sueño de hormiga
que hemos de avisar a los animales,
a las plantas y las piedras de este bosque
que cosechen de sus sueños hojas doradas
para que amanezca la tierra con una cobija de hojas
y puedan las nubes llover sobre ellas y sembrar
el aroma del invierno—.

Ese día el cerdito Primavera y la vaca Invierno
recorrieron el bosque chiflando la noticia
con las hormigas del verano
–hemos de sembrar hojas doradas
que encontremos en nuestros sueños–
decían a los árboles, animales, plantas y piedras
y soñaron todos con el árbol dorado
que alegre les regalaba sus hojas de otoño.
Al amanecer, las raíces de los árboles
y la tierra negra estaban cubiertas de hojas doradas.
El otoño había llegado y con él las estaciones.

Ahora habría que esperar a que se enfriaran las nubes
y se helara la tierra y, después de invernar,
escuchar el primer nacimiento de la primavera
y de las flores en ese bosque de tierra fértil y negra.

Desde ese día el bosque conoció las estaciones.
Los animales recordaron sus cantos.
Los árboles escupían semillas y frutos a la tierra.
Los pájaros volvían a tejer sus nidos en las ramas.
El cerdito Primavera, la vaca Invierno
y la familia de hormigas del verano
cada año se reunían debajo del árbol dorado
que habían cuidado juntas a la orilla del lago,
y que habían nombrado el árbol del otoño.

Saboreaban mieles de abeja de muchas flores
y se contaban las visiones de sus sueños
celebrando el cambio de las estaciones
en ese bosque de tierra fértil
como las nubes del verano.

Juana y la isla del águila.

Juana era una joven alegre y viajera.

Vivía en el valle de una isla en medio del mar
con una manada de caballos
que eran su familia.

Tenía como hogar una cabaña de ramas y lodo.
Una chimenea en el centro de la casa salpicaba de humo
a un gran ahuehuete que crecía al lado de su huerta
en el rincón más fresco del valle.

Todos los días, al despertar,
se preparaba un té de hierbabuena.
Les daba agua a sus hermanos los caballos
y se sentaba en las raíces del ahuehuete
a verlos galopar por el valle.

Una noche en que estaba con su chimenea prendida,
leyendo historias fantásticas y bebiendo té de hierbabuena,
un aire fuertísimo sopló en las ventanas,
tan fuerte, que tumbó las sillas e hizo temblar la cabaña entera.

Juana se levantó a cerrar las ventanas y vio,
entre el matorral de estrellas en el cielo,
una que brillaba más que las otras.
—es la estrella del norte— se dijo
significa que es tiempo de viajar al mar.

Durmió tranquila esa noche,
mecida por el viento y la luna.
Al amanecer llamó a sus hermanos los caballos
y les dijo —es tiempo de viajar al mar y vivir nuevas aventuras.

Ya regresaré cuando haya recordado
los cantos hermosos de las olas,
las leyendas que se esconden en su espuma
y los mapas secretos de las estrellas—.

Sus hermanos los caballos estaban un poco tristes
pero le desearon buena fortuna
y le regalaron una sonaja diciéndole:
—las antiguas marineras usaban una sonaja
como esta cuando se sentían perdidas en el mar.
Al tocarla, las ballenas responden
con su canto desde algún lugar del océano—.
Úsala cuando te sientas perdida
y las ballenas responderán—.

Juana agradeció el regalo.
Se sentó debajo de su amigo el ahuehuete y le preguntó
—¿puedo cortar un par de ramas de tu tronco
para hacer un barco sólido y duradero?—
—corta solo lo necesario— contestó el árbol alegre
y echó un poco de resina de su corteza
para que Juana endulzara el agua
del mar durante su viaje.

Era un ahuehuete mágico.
Su resina sabía como la miel de las abejas,
con un toque a madera y un aroma de hojas húmedas.

Esa tarde, Juana hizo su barca
de ramas de ahuehuete y paja seca.
Le puso de techo dos hojas grandes de palmera
y tejió una vela con el algodón que crecía en el valle.

A la mañana siguiente, Juana zarpó rumbo al mar.

Los caballos la despedían relinchando en la playa.
Juana empezó por saludar a las olas,
a la brisa y al sol que ya alumbraba el horizonte
como si fuera una gran corona de la tierra.

Nuestra viajera conoció la calma del océano
bordada con algunos ruiditos solitarios
como el choque de las olas
o el salto de algún pescadito en el agua
y aprendió a conversar con el viento.

Descubrió que el aire hablaba si una aprendía a escuchar
y disfrutó conversaciones hermosas
con su nuevo amigo.

Todos los días pescaba y recolectaba
un alga en la superficie del mar.
Se preparaba con ella un té de hierbabuena
y le ponía resina de su amigo el ahuehuete para endulzarla.

En las noches observaba las estrellas
y recordaba historias de piratas y monstruos marinos.
Una noche de luna nueva era tan oscuro el cielo
que las estrellas se reflejaban en el mar.
Y parecía un espejo enorme en el que Juana
flotaba sobre el universo.

Una tarde en la que Juana estaba pescando
se atoró en el anzuelo de su caña algo muy pesado.
Jaló pronto el hilo para encontrar su tesoro
y de las olas surgió una perla blanca
chorreando gotitas de agua.
—es una perla inmensa— se dijo Juana emocionada.
—Debe valer mucho dinero.

¿y si la intercambio en la isla del trueque?-.
Se preguntaba al ver su tamaño.
–Aunque quizá pueda tener alguna magia–. Pensaba.
Le sopló a la perla para ver qué sucedía.
La perla se agitó tanto que se escapó
de sus manos, cayó al mar,
y se convirtió en un delfín que saltaba por las olas.

Juana, sorprendida, veía al animal nadar en la espuma de las olas.
El delfín le dijo –Soy el guardián de estos mares.
Cuido a las personas y a los animales que viajan
por estas regiones del océano.
¿Quién eres tú?–

–Yo soy Juana la viajera.
Vengo de la isla de los caballos–.

–Te voy a dar una botella con agua de mar–.
Le respondió el delfín con alegría.
–Se la llevarás a mi amiga Inés el águila
que vive en la isla del águila.
Para encontrarla debes seguir la cruz del sur
que brilla ahora en el cielo–.
El delfín dio un salto por el aire
y antes de regresar al mar,
a la mitad del salto,
se convirtió de nuevo en perla.

Juana guardó la botellita de agua
en su morral y viajó desde ese día
rumbo a la cruz del sur.
Siete días después pudo ver a lo lejos
la isla del águila.

Izó la vela de algodón para alcanzar la orilla
y cuando puso los pies sobre la arena
empezó a llover fuertísimo, tan fuerte,
que parecía que la isla temblaba.
Los tucanes en los árboles cantaban.
Los flamingos tocaban sus guitarras de cedro.
Los cocodrilos se rascaban las panzas
y todos los animales de la isla celebraban
la lluvia que caía a cántaros como una cascada
de las nubes.

Juana preguntó a un flamingo
si sabía dónde vivía Inés, el águila de la isla.
El flamingo respondió –el único animal de esta isla
que está triste y no celebra la lluvia es Inés, el águila.
Ella duerme en la cima de esa montaña.
Si subes a ese cerro podrás conocerla y preguntarle
porqué está triste–.
Esa noche Juana celebró el aguacero
cantando con los flamingos y bailando con los cocodrilos
y el resto de animales que se reunían en la orilla del río crecido.

Al salir el sol, Juana tomó su sombrero,
su sonaja y la botellita de agua salada
que le había regalado el delfín
y salió rumbo a la montaña silbando.

Juana iba a la mitad del camino,
cuando empezó a llover de nuevo.
La isla parecía temblar de tanta lluvia.

Llovía tan fuerte que nuestra viajera pensaba
que unas serpientes tocaban tambores con sus colas
pero era el sonido de las gotas que chocaban

con las piedras del camino.

Una niebla cayó tan espesa
que Juana no podía ver sus manos.
Y se sintió por primera vez perdida
pero se acordó de la sonaja que le habían regalado
sus hermanos los caballos de la isla
y se alegró de haberla llevado a la montaña.

Tocó la sonaja preguntando a las ballenas
por dónde caminar.
Las ballenas, nadando en el océano, respondieron
–Sabemos que estás perdida.
Eso es natural.
Todo viajero vive en su camino momentos
en los que se siente perdido.
No hay porqué tener miedo.
Lo único que hay que hacer es escuchar
la voz de tu corazón. Es el único que sabe
dónde está el camino que te llevará
al lugar que te corresponde
lleno de paz y amor–.

–Pero ese lugar no es ningún lugar,
decían las ballenas cantando,
sino un presente en el que has aprendido
a caminar en belleza–.

Juana se sentó debajo de un árbol
que le recordó el ahuehuate del valle de los caballos.
Cerró los ojos. Abrazó su cuerpo de viajera
y guardó silencio en su mente para escuchar
a su corazón.

–camina todo hacia arriba– le dijo su corazón
hasta llegar a una roca grande y llena de musgo.
En ella saltarás tres veces y aparecerá el águila.
No te olvides de cantar–.

Juana empezó a caminar en la niebla.
No veía nada pero el miedo se había esfumado
cuando empezó a escuchar la voz de su corazón.

Encontró la roca llena de musgo.
Saltó tres veces en ella. Saludó
y apareció un águila de alas enormes
y ojos amarillos, anciana y sabia.
–¿Quién eres tú?– Preguntó el águila curiosa.
–Yo soy Juana la viajera.
Vengo a preguntarte porqué estás triste–.

–Hace algún tiempo, respondió el águila,
era amiga de un delfín guardián de esos mares.
Nos queríamos mucho.
Nos comunicábamos a través de las nubes
que le llevaban el eco de mi voz
y me traían sus mensajes a esta isla.
Pero las nubes ya no viajan al mar
porque no recuerdan el mapa de las estrellas
y por eso he perdido la amistad con mi amigo el delfín–

–yo tengo un agüita de mar
que me regaló tu amigo–
le dijo Juana contenta
–quizá si la siembro en la tierra
pueda evaporarse con el calor del sol,
llegar a las nubes, y alumbrar su memoria de nube
para que puedan volver al mar–.

A Inés, el águila, le pareció una buena idea.
Juntas encontraron una cuevita debajo de un roca.
Juana hizo un hoyo y sembró el agua de mar.
Cuando terminó de echarla en el hoyito de tierra,
la niebla se dispersó y el sol se asomó por el cielo
hirviendo el agua que ya subía
como un vaporcito salado hacia las nubes.

–¿Qué es ese olor?– preguntó una nube curiosa
con su cabello de algodón mojado
por la reciente lluvia.
–¡es el olor del mar! nomás que no me acordaba–.
–¿Y ese sabor como saladito?– preguntó otra nube
que tenía la forma de una tortuga.
–¡Es el sabor del mar! nomás que no lo recordaba–.
Y así las nubes recordaron el olor y el sabor del mar,
y el mapa secreto de las estrellas, y decidieron en reunión de nubes
regresar al océano temprano al día siguiente.

Esa noche llovió en la isla como nunca antes.
Los animales cantaban y bailaban en la orilla del río crecido.
Los flamingos tocaban sus guitarras de cedro.
Los tucanes en las palmeras cantaban.
Los cocodrilos se rascaban sus panzas.
Los cangrejos bailaban en las piedras
y tan fuerte llovía que los frutos de los árboles
se cayeron todos al mismo tiempo
y parecía que el río bailaba de tanta agua que llevaba.

A la mañana siguiente, la isla estaba repleta
de diamantes que brillaban
como un tesoro descubierto por piratas.
Eran los frutos que en la tierra resplandecían

por las gotitas de lluvia en sus cáscaras
y las hojas de los árboles brillaban
con la luz del sol como si fueran espejitos
colgados de las ramas.

–Regresa a tu isla– le dijo Inés, el águila, a Juana.
–Y dile a quienes te encuentres en el camino
que desde este día será conveniente sembrar
todos los años un poco de agua de mar en la tierra
para que las nubes recuerden
el sabor y el olor del mar
y el mapa de las estrellas–..

Juana regresó a su isla contenta.
Un flamingo le regaló una guitarrita de cedro
con la que alegró su camino de vuelta
cantándole a olas y a la espuma del mar.
Cuando llegó a su pequeña isla,
los caballos la recibieron contentos.
Ella les contó, mientras les daba de beber agua,
y les regalaba cocos que había traído de la isla del águila,
todo lo que había aprendido durante el viaje,
que había que sembrar agua de mar en la tierra
para recordarle a las nubes el olor del mar
y el mapa secreto de las estrellas,
y que ellas pudieran viajar contentas
llevando los mensajes de las islas a los mares
y de los mares a las islas.

Y así vivió Juana con alegría en su pequeña isla,
con sus hermanos los caballos,
sembrando cada verano el agüita salada
para que las nubes pudieran recordar
el olor del mar y el mapa secreto de las estrellas.